



LA INVENCION DE GRECIA: RAZÓN Y PASIÓN EN LA HÉLADE CLÁSICA¹

Fernando Picó
Departamento de Historia
Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

SINOPSIS

La docencia universitaria muchas veces evade presentarles a los estudiantes la complejidad cultural de la Grecia clásica. La tendencia es a presentar el lado racional y coherente de sus obras creativas, y a disimular los aspectos dionisiacos, que sin embargo, están presentes desde los comienzos mismos de la Hélade. Pero no se trata solamente de resaltar los contrapuntos entre razón y pasión, sino también de apuntar a las contradicciones y a las sombras que acompañan el desarrollo histórico de los griegos. En fin de cuentas hay que buscar entender el conjunto, porque nuestra civilización deriva en tantos aspectos de la griega.

PALABRAS CLAVE: razón, pasión, civilización, sinrazón, cultura clásica, dionisiaco

ABSTRACT

College teachers are often tempted to present only partial aspects of Greek classical culture to their students. Rational and passionate elements complement each other in Greek thought, letters and arts. Nevertheless there are also contradictions and shadows in the Greek record which should not be dissembled. One must try to understand the whole of Greek culture, because our civilization derives so much from it.

KEYWORDS: reason, passion, civilization, unreasonableness, classical culture, Dionysiac

Sometido: 8 de noviembre de 2007

Aprobado: 8 de noviembre de 2007

¹ Lección magistral dictada el 8 de noviembre de 2007 en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.



Hace unos años un grupo de arqueólogos suecos, trabajando en una excavación en la ciudad de Hania, la antigua Kydonia en la isla de Creta, descubrió una tablilla votiva escrita en linear B que honraba al dios Dionisio. Este descubrimiento, y uno análogo en Pylos, han sacudido los estudios sobre la llegada del culto dionisiaco a la Hélade antigua, pues se pensaba que el culto a Dionisio había entrado tardíamente en Grecia, probablemente de Frigia en Anatolia, a Tracia en la península griega, después que el panteón olímpico de los dioses considerados tradicionales estaba ya establecido. Pero las tablillas de barro, con su escritura en Linear B, la escritura micénica, suponían un culto a Dionisio en Pylos y en Creta previo al colapso de la cultura micénica hacia el año 1200 a.e.c. y la alegada llegada de los dorios al mar Egeo.

Comienzo con este hallazgo, no solo para subrayar cuan preliminares son muchas de las propuestas que hasta ahora se han hecho sobre la evolución de la cultura griega antigua, sino también para celebrar cómo se llevan a cabo hoy día los estudios que resultan en la evolución de nuestros conocimientos sobre la Hélade. Muchos de los adelantos recientes se deben a la arqueología. Hay que pensar en estos jóvenes suecos, trabajando sedientos bajo el sol inclemente de Creta, porque están imbuidos de ese ideal clásico, que generación tras generación ha reclutado talentos del oeste y del norte de Europa, y de Estados Unidos, para desentrañar los secretos de las sociedades antiguas. Lo griego sigue convocando, uniendo la fría racionalidad de las disciplinas clásicas al entusiasmo dionisiaco. Razón y pasión siempre han andado mano a mano en la invención de Grecia.



I. Los dioses ausentes

No siempre, sin embargo, se da el perfecto balance entre los dos elementos. Cuando animamos a las siguientes generaciones a participar de nuestro entusiasmo por la antigüedad clásica, con frecuencia ejercemos nuestro privilegio de libertad de cátedra para acentuar aquellos elementos que son mas afines a nuestras preconcepciones. Corremos el riesgo de ser arbitrarios al tratar de proteger a los jóvenes de alguno de los extremos del pensamiento y del sentimiento griegos. Queremos que se enteren de algunos, pero no de todos los rasgos de aquella civilización. Esa falta de balance puede encontrarse no sólo entre los docentes, sino mas importante aún, entre aquellos que intentamos invitar al aprendizaje.

Quiero ilustrar este punto con una anécdota que en ocasión anterior ya he compartido. A principio de los 1990, cuando comenzaba a impartir cursos universitarios en una de las cárceles de Bayamón, un preso que estaba matriculado en el primer semestre de Humanidades se me acercó para decirme:-Picó, yo no puedo leer la *Iliada*. Está llena de dioses falsos y yo soy cristiano.

Por pura casualidad, esa misma mañana, al regresar al recinto de la Universidad de Puerto Rico me encontré frente a la Biblioteca con don Jaime Benítez. -Don Jaime, le dije, mire Usted lo que me ha pasado. Le relaté mi conversación con el confinado. Don Jaime se rió, le pareció gracioso el lance, y yo, que era entonces más atrevido que ahora, le espeté: -No, don Jaime, yo quiero que Ud. vaya y le explique al preso porque se debe leer la *Iliada*. -¿Yo?, dijo don Jaime, un poco sorprendido.-¿Por qué yo? - Porque Usted



fue quien echó a correr el programa de Estudios Generales y puso a leer a todo el mundo la *Ilíada*.

Don Jaime me sorprendió aceptando la invitación. Hice todas las gestiones pertinentes con Corrección y con el superintendente de la cárcel y su equipo de trabajo, y un buen día llevé a don Jaime a hablarles a los estudiantes confinados. Don Jaime dio una maravillosa conferencia a aquellos doce estudiantes. Les comparó los griegos, imbuidos por su sentido del destino, incapaces de desafiarlos, ejemplificándolo con el *Edipo Rey*, y la creencia cristiana que una persona puede desafiar su destino, como Calderón lo representa con Segismundo en *La vida es sueño*. Fue uno de esos días mágicos que de vez en cuando se dan en la vida de un profesor. Los estudiantes acribillaron de preguntas a don Jaime. Eventualmente en el curso de Español discutimos *La vida es sueño* y los soliloquios de Segismundo calaron en ellos, porque como Segismundo, estaban presos, y soñaban con vencer su destino.

Yo me pude haber rendido a aquel estudiante cristiano aceptando sus razones para no leer la *Ilíada*, y probablemente lo hubiera hecho, si no me hubiera encontrado con don Jaime. La razón logró convencer al sentimiento. Era importante mostrar al estudiante que había representaciones alternas de la divinidad a la cristiana y que los dioses griegos, caprichosos y veleidosos, sometían sin embargo sus arbitrios a lo que las Parcas habían hilado para cada mortal, y podían aceptar que sus héroes favoritos murieran cerca de las murallas de Troya. Iluminar la experiencia griega era consonante con un mejor entendimiento de la tradición cristiana. La necesidad y la virtud compartían el estrecho espacio de la corta vida humana. Las sinrazones de la vida no eran ajenas a la experiencia



personal, pero al menos la noción de destino personal y capacidad de sobrellevar con distinción ese destino abrían unos espacios a la racionalidad.

II. Que se presente el psicoanalista: El sentido de la sinrazón

¿No es eso lo que nosotros también a diario buscamos, el sentido de la sinrazón? Precisamente porque su mundo era caótico los griegos aspiraban a la armonía, la medida, el orden y la proporción. Nada sorprende más cuando uno estudia la historia de Grecia: ésta no era gente mesurada, que aburrida de sus mármoles, su cerámica y sus versos simétricos, se abandonaba ocasionalmente al desenfreno para despojarse de su tedio. Era gente apasionada, exagerada en sus desmanes, que con frecuencia recurría al genocidio para eliminar sus contendientes, como lo hizo Crotona con Sybaris, Esparta con Platea, Atenas con Melos y Macedonia con Tebas. La racionalidad no era tan habitual en ellos, o al menos su racionalidad no era necesariamente la nuestra. La esclavitud y la servidumbre marcaban sus regímenes laborales. Su actitud hacia las mujeres hace que éstas parezcan invisibles en la vida pública, y terribles en sus venganzas privadas en las tragedias. ¿Cómo olvidar a Clitemnestra, Fedra, Medea, Electra? Por más respeto que despleguemos hacia su cultura homoerótica, no podemos soslayar su promoción de la pederastia. Pase Patroclo, ¿pero Ganímedes, el copero de Zeus?

La afinidad que no desplegamos hacia los asirios, los cartagineses, los vándalos, los godos o los hunos, profesamos hacia los griegos de la antigüedad. ¿Si son ajenos, por qué tan próximos? ¿Si nos chocan tanto sus excesos, por qué una y otra vez volvemos a ellos? No hay que ser freudiano ortodoxo para aceptar la vigencia de estos



polos de atracción y repudio. Están en nuestra cultura contemporánea porque los heredamos de los griegos.

III. El sentimiento de culpa: ¿Quién mató a los griegos?

Si lo heredamos es porque ellos ya no están con nosotros. En vano uno busca en la Grecia religiosamente cristiano-ortodoxa, socialmente conservadora y económicamente moderna de hoy a los helenos de la antigüedad. Se fueron. Queda el paisaje, el eco de su lengua en el griego moderno, el aliento al turismo que supone evocarlos. ¿Por qué desaparecieron?

El historiador Edward Gibbon culpó al cristianismo, los dirigentes de la Guerra de Independencia de los 1820 a los turcos, y hoy la lista de sospechosos es larga, godos, eslavos, avaros, búlgaros, la Cuarta Cruzada, los venecianos. Lo cierto es que lo que nos permite hablar de la Hélade clásica es precisamente la distancia que nos separa de ella. Porque somos distintos a ellos, los estudiamos. Porque somos tan afines a ellos, suponemos que los entendemos.

Para entender a los griegos, cuyas voces repican en los escritos filosóficos, literarios y científicos de la antigüedad, y cuyas obras de arte sobrevivientes todavía nos maravillan, hay que aceptar que tanto la razón como la pasión fundamentaban su obra creativa. El riesgo es retener sólo uno de los dos elementos, porque esto nos lleva al callejón sin salida de la incomprensión. Hollywood falla en facilitar nuestro acceso a la cultura clásica porque habitualmente toca sólo una de las dos teclas, o es Brad Pitt satisfaciendo sus ganas y su orgullo, o son los muñequitos espartanos representándose como dechados de patriótica racionalidad frente al déspota oriental. Taquilla ha habido



para ambas cosas ¿pero valor duradero, capacidad explicativa, síntesis creativa? Matamos a los griegos cuando los reducimos a una sola dimensión.

A veces queremos que los griegos de la antigüedad promuevan nuestras agendas secretas. No nos gusta la ascesis cristiana, o el discurso político conservador, o el arte moderno, y buscamos aquellos ejemplos clásicos que ratifiquen nuestros pareceres. Aristóteles o Sófocles siempre están listos para complacernos, la *Iliada* es un saco de trampas, y en todo caso está Aristófanes. Es utilizar un pedazo de mármol para clavar una tachuela. Es una manera de hacer a los griegos invisibles, achicándolos a suplidores de citas moralizantes antologizadas.

No aceptar la totalidad de una cultura en sus propios términos, no asumir sus contradicciones y sus flaquezas, es minusvalorar los logros de una asombrosa tradición de pensamiento. Si Sócrates, Aristóteles o los Cínicos cuestionaban los pareceres de sus contemporáneos, es porque había mucho que era cuestionable en la cultura dominante. Cuando Tucídides ironizó, al colocar el famoso discurso de Pericles sobre las virtudes de Atenas justo antes del relato de los desaciertos en política pública de sus sucesores, era porque dudaba de la capacidad de una democracia para llevar una guerra de agresión. El año que los atenienses masacraron a todos los varones de Melos mayores de 16 años y esclavizaron a sus mujeres y niños, porque Melos quería ser neutral y no unirse a la Liga de Delos, Eurípides presentó *Las mujeres troyanas* a la competencia anual de tragedias. Imagínense el asombro del público ateniense al ver escenificados en el festival anual de Delos los recientes desmanes de sus líderes políticos y militares.



Eurípides no obtuvo premio alguno en el festival, pero la magnitud de su atrevimiento en denunciar el genocidio le ganó el respeto de los siglos.

Fueron valientes, estos críticos de los estilos imperantes de gobierno y de opinión pública, fueron atrevidos, Demóstenes frente a Filipo de Macedonia, Sócrates ante sus acusadores, Eurípides ante su público, pero fueron osados en una sociedad que valoraba el atrevimiento. La pasión por la verdad y la libertad no era irracional; lo irracional era la vida propia no examinada. Cuando promovemos el conformismo y las soluciones enlatadas a problemas prefabricados, sepultamos a los griegos.

IV. Vergüenzas ajenas: Los estudios sobre Grecia hoy

Los griegos antiguos desconocieron la unidad política, y sólo pudieron afirmar su unidad cultural diferenciándose de los bárbaros, de los que no hablaban la lengua. La Grecia clásica ha sido algo retrospectivamente elaborado por los estudiosos en épocas posteriores. En unos tiempos se privilegió aquellos elementos de la cultura griega que manifestaban su afán por la racionalidad, la proporción, la exactitud, la medida y el orden. De Nietzsche y Freud para acá también hemos promovido los elementos dionisiacos e irracionales de la obra creativa helénica. Pretendemos entender mejor a Edipo Rey, a Orestes y a Electra cuando reconocemos que no son sus motivaciones conscientes las que ofrecen la mejor clave para entender sus comportamientos. Celebramos con Safo y con Píndaro el éxtasis del amor o la embriaguez de la victoria deportiva, porque se nos asegura que en la expresión del desenfreno también ejercemos *sofrosune*. Aprendemos con Foucault a ver en la *parresía* de los Cínicos el anuncio cristiano de la vanidad e hipocresía mundana. Entendemos con Galeno que la histeria



tiene su racionalidad, y con Plutarco la asechanza perenne de la tentación del poder. En los griegos encontramos precedentes para todas nuestras neurosis, y buscamos la misma catarsis para nuestra insensibilidad colectiva que Aristóteles preconizó en su *Poética*.

Pero esas simetrías nos producen desazón. Sólo podemos jugar a ser griegos porque hemos descifrado los acertijos de la esfinge de la Modernidad. Pero en el camino ¿no habremos matado a los padres de nuestra civilización? ¿No estamos viviendo en contubernio deshonoroso con la Razón relictta? Ante las plagas que devastan nuestras sociedades escudriñamos los escritos y los vestigios de los antiguos para encontrar al culpable de nuestro descalabro, y quizás sea a quienes hemos entronizado en el solio de nuestro universo mental a quienes tenemos que inculpar. Ese *yo pienso* glorificado por Descartes, esa razón práctica ratificada por Kant, ese superhombre anhelado por Nietzsche, ¿no será quien nos habrá desvinculado de la naturaleza, enajenado de nuestra humanidad sensible, atrapado en la soledad de un universo absurdo?

Quizás los hombres y las mujeres medievales, habitualmente maltratados por nuestras jactancias sabihondas, estaban mas cerca de Homero, Hesíodo y Esquilo, que nosotros. Quizás Dante entendió mejor a los antiguos, cuando los ubicó en la antesala del Infierno, que nosotros, cuando los reunimos indistintamente en el corazón de nuestras utopías. Quizás hemos leído demasiado sobre los griegos, y demasiado poco a los griegos. Quizás debemos personalmente acometer la subida del Acro Corinto, aunque no tuviéramos que empujar la piedra de Sísifo, para poder apreciar mejor la vista del Parnaso.



No retamos suficientemente nuestras premisas y preconcepciones del pasado; lo hemos azucarado al punto de que lo hemos hecho empalagoso. En el proceso de exaltar la razón y la pasión clásica, nos hemos olvidado de disfrutar el juego de nuestros imaginarios, los entre-juegos de nuestras racionalizaciones, la invención de nuestra genealogía intelectual. Los hemos arreglado tan atildaditos, primero los presocráticos, luego los sofistas, aquí Sócrates, siguen Platón y Aristóteles, pon detrás estoicos y epicúreos, no te olvides de los cínicos, que nos olvidamos que hemos compuesto un nacimiento mas, con pesebre- la caverna de Platón- y pastores precediendo a los magos seguidos por el gallego a quien el buey le comió el sombrero.

Ese ordenamiento lúdico del pasado da la ilusión de un progreso programado de la racionalidad, un inventario de todas sus posibilidades realizadas, sin colmar nunca la sed de saber de estos estupendos antepasados intelectuales.

Conclusión:

Los griegos desnudos, los puertorriqueños susceptibles al cáncer de la piel

¿Por qué estudiar a los griegos en el Puerto Rico del siglo 21? Porque son duraderos y universales. Las modas literarias y filosóficas vienen, prevalecen, son rebasadas y desaparecen. Si hace 30 años hubiéramos montado un bachillerato centrado en Marx, Lenin y Mao rápidamente nos hubiéramos arrepentido. Si lo hubiéramos diseñado alrededor de Hostos, Zeno Gandía y Luis Palés Matos, conversaríamos brillantemente entre nosotros mismos y con más nadie en el mundo. Si empezáramos a estudiar el desarrollo de nuestra civilización solo a partir de la Revolución Francesa, no entenderíamos nada de lo que se discute hoy día sobre interdisciplinaridad, hibridez,



nomadismo, deconstrucción y lógica simbólica. Para esto último aprovecha mucho entender el nominalismo medieval.

Conocer a *Edipo Rey* no meramente es ubicarnos en la Atenas de Sófocles, es poder escuchar a Freud sobre el Complejo de Edipo, auscultar a Lacan, aproximarnos a la historia del arte e interpelar a los poetas de todas las épocas. En la *Ilíada* aprendemos que el adversario tiene cara e historia propias, y que cuando Aquiles recuerda en Príamo a su propio padre doliente, "y yo pensaba, viejo, que tú eras un ser feliz", nos humaniza a todos. Conocer la *Odisea* es un pasaporte para leer a Virgilio, Dante, Fenelon, Tennyson, Joyce, Kazantzakis y Walcott. ¿Cómo entender a Camus sin la *Teogonía* de Hesíodo, a los filósofos idealistas sin conocer a Platón, o las taxonomías de la Ilustración sin manejar a Aristóteles? ¿Cómo discutir el Nuevo Testamento, sin remitirnos a su versión original en griego? ¿Cómo representar los laberintos de nuestras soledades, sin evocar al Knossos de Minos, Dédalo, Teseo y Ariadne, o aludir a oráculos sin mencionar a Delfos o Dodona?

Cada palabra abstracta que enunciamos nos remite a sus raíces grecolatinas y cada paisaje moral a sus precedentes clásicos. Sin Tucídides, Maquiavelo hubiera sido insulso, y sin Maquiavelo nuestra discusión política se reduciría a moralizaciones sobre el precio de las viandas en la plaza del mercado. Herodoto nos enseñó a relatar, Platón a sospechar de los relatos, Polibio a construirlos por encima de toda sospecha. Los griegos nos mostraron cómo clasificar y generalizar, diagnosticar y prescribir, cuestionar y convencer.



Idealizaron la figura humana, celebrando sus proporciones y armonía en la desnudez de su realidad primaria, y nos brindaron un ideal de belleza que ni Rubens ni Botero - ni Haagen-Dasz - han podido desbancar. El entusiasmo por su modelo de masculinidad los llevó a competir desnudos en Olimpia, y a representarse desnudos en sus combates y transacciones.

Todo esto nos causa cierto malestar. Apelamos a nuestros fundamentos cristianos para explicar nuestro recato y citamos nuestros estatutos y reglamentos para abrigar nuestros celos. "Toda desnudez será castigada," como decía uno de los reglamentos del Carnaval de Río. Vemos erotismo, especialmente homoerotismo, en toda celebración de la belleza del cuerpo humano, y olvidamos la naturalidad en la que nuestros antepasados compartieron en la quebrada, en el río y en el mar, indígenas, africanos, y españoles, inocentes entonces de todo escrúpulo puritano.

Es finalmente el cuerpo lo que constituye el punto de distanciamiento entre los griegos antiguos y nosotros. La naturalidad, la ingenuidad y la picardía del griego clásico nos eluden. Para nosotros el cuerpo ha venido a ser el vehículo del alma, y aunque aprendimos sobre el alma de las tradiciones pitagórica y platónica, la hemos revestido de un lenguaje religioso que evade casi cualquier examen crítico. Porque nos adherimos al *psyche* griego, reciclado por Agustín y Tomás de Aquino, sospechamos del cuerpo, de sus apetitos, sus gratificaciones y sus flaquezas. Maceramos nuestra inteligencia, no nuestros cuerpos, cuando reducimos nuestra corporeidad al discurso higiénico y salubrista de los suplementos periodísticos. Sólo pensamos en el cuerpo como representación, como fachada de nuestra personalidad. Nos es ajeno, porque sólo



constituye un objeto de atención para nosotros. El griego se desarropa para presentarse como es, nosotros cubrimos nuestros cuerpos para evitar el cáncer de la piel.

Eso que nos separa en última instancia de la vivencia clásica, no es la religión ni la modernidad, sino nuestra falta de asombro en la vida. Celebrar la vida, en todas sus manifestaciones, repudiar la muerte, en cualquiera de sus disfraces, aspirar a la plenitud y a la excelencia es, en fin de cuentas, como decía otro griego, Gregorio de Nyssa, dar gloria a Dios.



Bibliografía

- Boardman, John. *The Archaeology of Nostalgia: How the Greeks Re-Created Their Mythical Past*. London: Thames and Hudson, 2002.
- Buxton, Richard. *El imaginario griego: Los contextos de la mitología*. Traducido por César Palma y Fernando Cervantes. Madrid: Cambridge University Press, 2000.
- Dodds, E.R. *The Greeks and the Irrational*. Berkeley: University of California Press, 1997.
- Foucault, Michel. *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Traducido por Fernando Fuentes Megia. Barcelona: Ediciones Paidós, 2004.
- Jaeger, Werner. *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Traducido por Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. 7a. impresión. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Kirk, G.S. *La naturaleza de los mitos griegos*. Traducido por Isabel Méndez Lloret. Barcelona: Ediciones Paidós, 2002.
- Kitto, H.D.F. *Greek Tragedy: A Literary Study*. Garden City: Doubleday and Company, s.f.
- Mendelsohn, Daniel. *Gender and the City in Euripides' Political Plays*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- Nussbaum, Martha C. *The Fragility of Goodness: Luck and Ethics in Greek Tragedy and Philosophy*. Rev.ed. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- Otto, Walter F. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducido por Moses Hadas. New York: Pantheon Books, 1954.
- Vernant, Jean-Pierre. *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*. Traducido por Javier Palacio. Barcelona: Paidós, 2001.
- Williams, Bernard. *Shame and Necessity*. Berkeley: University of California Press, 1994.